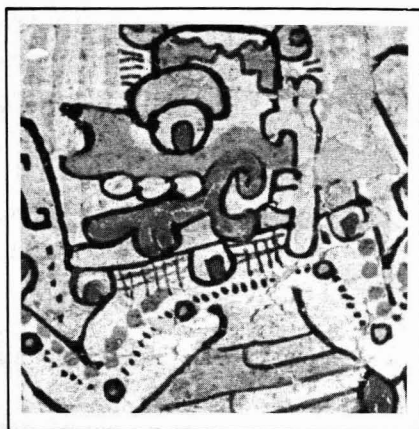


El hombre y el nombre



Hasta que tienen nombre las cosas existen, son. Hay cosas en espera de ser nombradas, bautizadas para ser. Hay nombres en espera de cosas que nombrar. No hay objeto sin nominación, denominación. No sólo: la cosa, el ser, el objeto es el nombre. Son la misma cosa. No por capricho, azar o casualidad, nombre y hombre son una sola y misma palabra, salvo la inicial. Una de las dos, si no la *h* la *n*, es errata. Hombre se iba a escribir y se escribió nombre, o al revés. Lo primero que hizo Dios, tras de crearlas, fue poner nombre a las criaturas, a sus creaturas, otras dos cosas éstas, iguales: criar, crear. Nombrar, nominar, denominar es la otra semejanza nuestra con el Creador, con el Criador.

El nombre es el hombre. Vale tanto el hombre como el nombre. Cuando don Juan Montalvo escribió que más valía el hombre que el nombre, lo que quiso decir fue que hombre es previo, que sin hombre no hay nombre.

Quitarse el nombre; no llamarse, es dejar de ser quien se es. Me quito el nombre; dejo de llamarme como me llamo, es manera de asegurar, afirmar la existencia y permanencia de la persona. Ir en nombre de alguno equivale ir en persona, en su representación a través de la persona, del hombre de quien se trate. La fama, la nombradía, queda definida por el nombre. Si mi nombre no cuenta, ya nada contó: el hombre que soy no era.

El nombre singulariza, particulariza, identifica, distingue. Yo me llamo, a mí me llaman, me dicen. Y con eso, soy otro, hombre aparte. Los que tienen igual nombre son homónimos, tocayos. Mi sosia es aquél que se me parece físicamente, se me asemeja, mi semejante, mi próximo, mi prójimo, mi igual en el mundo real; pero no en el del alma, del espíritu; en el ocio, iguales; en el negocio, en la acción, distintos. Si desempeña trabajo igual mi homólogo; si igual en su personalidad, en el genio, en el ingenio mi par o de alguna otra manera que ahora no recuerdo o nunca supe.

Desde las cavernas, desde cuando errantes, nómadas, tuvimos nombre, hubo manera de identificarnos, otra cosa es que no sepamos cómo fue. Quizá fuera señalado con el dedo índice el rasgo físico que singularizara: tal vez fue poniéndolo sobre el pecho se decía yo y con el mismo dedo a los otros: yo, tú, él..., con lo que el pronombre fue antes que el nombre. En una lengua que yo sé, *la*, quiere decir nombre, y *lá*, él, y queda dicho que mi nombre soy yo: nombre y hombre la misma cosa.

Poner nombre, nombrar, después se dijo bautizar, fue uno de los primeros quehaceres de los hombres; ponerlo al ser humano fue otra forma de darlo a luz, de crearlo, de engendrarlo. Y, ya creado, protegerlo y ponerlo bajo el amparo de un nombre. Obtener el nombre, derivarlo fue un acto mágico. *Sacar el nombre*, se dice en una lengua india. Esto es dar con él de la lectura del Tonalámatl, de la huella de una alimaña cualquiera, del giro del viento, de un rumor, del eco del canto de un pájaro. Cuando se tuvo calendario –que fue el Tonalámatl extraño o de los blancos– nombrar se hizo de otro modo y se dijo bautizar por nombrar.

La tona –de tona viene Tonalámatl–, el nagual, el doble, el guenda, el familiar, dio nombre al hombre primero: él era tu tótem: nacían juntos, vivían juntos, morían juntos. Entre los zapotecos el hombre es tigre; la mujer culebra o pescado: dos cosas iguales. Y así se llaman entre sí: tigre y pescado, o culebra, en cada caso.

Un abismo de sombra es todo esto. Por eso, porque está rodeado de misterio, el tema se presta para mil y una divagación, divagaciones. Y de donde quiera que se parta se llega y se acierta.

Divagaciones son todas las anteriores que promueve la lectura de un raro, curioso, peregrino libro escrito por José Miguel Macías: *Album de las niñas morelienses: Vocabulario etimológico de los nombres impuestos en el Registro Civil de las Personas, y muy en especial de los diminutivos ideológicos familiares de esos mismos nombres*.

El nombre, me digo, nos hace de cierta manera, nos forma y conforma. Somos lo que el nombre significa. Pero esto es material de otras divagaciones a las que algún día volveremos, acaso en este mismo lugar. ◇

